

Una experiencia espiritual desde Roma

Silvia Corbalán (Hna Paula)- Abril de 2020, Roma.

Llegué a Roma en el mes de febrero de este año, sin saber y sin imaginar lo que ocurriría después: creo que nadie se esperaba esta pandemia. Vine a esta hermosa ciudad para continuar profundizando en mis estudios, y me encontré con un bloqueo, parecido al que muchos hacen en el whatsapp. Cursé sólo quince días en el Sant' Anselmo de Roma, donde estoy estudiando un doctorado en Teología Espiritual Monástica con los benedictinos. Hermoso todo, pero, como una de esas películas donde decimos "es sólo una película", aquí se hizo una realidad. Nunca pensé que un virus tan pero tan pequeño pudiera hacer tantos estragos a la humanidad entera, y hasta el día de hoy (21 de abril) lo sigue haciendo. Me ayuda mucho ver on line al Papa Francisco: es como si estuviera con él, aunque él ni sabe de mi existencia. No sé cómo explicarlo: es como si me sintiera acompañada espiritualmente. Mi familia me llama a menudo, son de Tucumán, y están preocupados porque justo estoy viviendo en el ojo de la tormenta, aunque un poco alejada del foco más infectado de la hermosa Italia.

A veces me he sentido como Jonás (Jon 2): dentro de la ballena haciendo esta cuarentena. Otras como Juan el Bautista (Mt 3,3), como una voz que clama en el desierto, y otras como María Magdalena (Mt 28,1-10) que anuncia finalmente la resurrección después de mirar el sepulcro vacío.

Al principio todo esto me parecía un sueño y buscaba de algún modo que fuera eso, pero después de los largos días que pasan y pasan, llego a la conclusión de que es una dura realidad que hay que asumir, mirar y tocar no como Tomás (Jn 20, 25), sino con los ojos y las manos de la fe.

No llegué a Roma en mis mejores condiciones. Días antes de viajar tuve que operarme de un tumor que tenía en la pierna. Gracias a Dios salió todo bien, pero esto no me ayudó mucho a prepararme con alegría, más bien estaba preocupada. Otras situaciones de sufrimientos y desprendimientos de personas que amo en la Iglesia eran un peso grande para mi corazón y para mi mente. Dejar el monasterio que tanto amo para venir a estudiar a Roma me ha costado muchísimo y me sigue costando. El monasterio es todo para mí: el claustro donde me uno a Dios y me hago una con Él, la celda donde me separo del mundo para encontrarme con el Amado del Cantar de los Cantares, el silencio donde apago los ruidos interiores y exteriores, la comunidad donde comparto el amor de los hermanos en Cristo, el trabajo cotidiano donde se desliza también la voz de Dios, el estudio de la Palabra y de los Padres de la Iglesia donde me regocijo y oro, la Capilla donde alabo constantemente al Señor. Tantas cosas que se dejan para entrar en una cuarentena. Y tuve que hacer el ejercicio de encontrar dentro de mi corazón el claustro donde Dios me mira para recordarme que me ama. Me ayudó mucho una frase de San Basilio¹ que dice: "El amor de Dios no es algo que pueda

¹ SAN BASILIO, *Fragmento de la Regla*, en PG 31, 908-910.

aprenderse con normas y preceptos...Dios ha depositado en nosotros desde nuestro origen una fuerza que nos capacita para amar; y ello no necesita demostrarse con argumentos exteriores, ya que cada uno puede comprobarlo por sí mismo y en sí mismo".

En estos momentos vivo con una comunidad de salesianas que me acogieron muy bien para poder estudiar. Gracias a esta comunidad tengo la posibilidad de rezar en una capilla chiquita pero muy linda. Ahí proyectamos todos los días la misa del Papa y es como si estuviera en persona con nosotras. No es una casa grande donde vivo: no hay casi espacios para caminar y dar una vuelta. Pero es lo que Dios me ha regalado y se lo agradezco mucho. Pensaba en tantas personas que viven en un departamento muy chiquito y donde deben estar todo el tiempo "encerrados". Y pensaba en aquellos que no tienen casa. El slogan "quédate en casa" está muy bueno, pero me preguntaba: ¿cómo es el "quédate en casa" para aquellos que nunca la tuvieron? ¿Cómo es el "quédate en casa" para el pobre que ni siquiera tiene el jabón para "lavarse las manos" como aconsejan todo el tiempo? Pensé que tenía que hacer algo por ellos así que abrí mi armario y ví mi ropa: ¿tengo que usar todo esto o lo tengo por las dudas? ¿Y si me falta ropa para después? Me fío del Señor que no me hará faltar nada. Así que con la comunidad de las hermanas hicimos una donación de ropa para mucha gente que está en las calles de Italia. Todos tenemos la impresión que en el primer mundo no hay pobres: pero sí los hay y de a poco los vamos descubriendo. Como decía el Papa Francisco: "nos acostumbramos a verlos ahí sentados en la calle...son parte del panorama de la ciudad..." Me venía mucho a la mente esta frase de San Agustín: "Preocúpate de aquel a quien tienes a tu lado mientras caminas por este mundo y llegarás a Aquel con quien deseas permanecer eternamente"².

Como les decía, sólo cursé quince días y después todo on line. Pensaba: me vine a Roma para hacer el doctorado on line!!!! No lo podía creer. Pero estoy aquí para algo: Dios quiere que vea algo, porque no vine sólo para estudiar, sino para escuchar al Señor y discernir sobre pasos que debo dar en mi vida espiritual. Podría decirse que en este momento estoy como una anacoreta reclusa en una cuarentena que me obliga a no salir, a rezar, a escribir, a estudiar, a hacer silencio. La verdad que todo esto me hace mucho bien, porque me está sirviendo para hacer síntesis de mi vida y para "no correr y acelerarme" sino para aquietarme en mi interior y darme cuenta que dependo todo el tiempo de Dios.

En este tiempo aproveché para enviar algunas palabritas de aliento y meditaciones de la Palabra en el Facebook. Tanta gente que busca algún alimento para su corazón y su mente...hay tanta gente necesitada de ello. Aproveché para reencontrarme con amigos que los tenía abandonados y para nuevamente alimentar la amistad que me ayuda a ser hermana de todos y ser presencia de Dios sencillamente.

En las redes me encontré con una Iglesia desconocida: tantas pero tantas iniciativas de oración y de comunión eclesial...es impresionante todo lo que hay y que a veces no valoramos todo lo que tenemos. Me encontré con una Semana Santa fuera de lo común, pero más orante que nunca. Y aquí en Roma, donde más de uno quisiera vivir las celebraciones

² SAN AGUSTÍN, *Sobre el Evangelio de San Juan, Tratado 17, 7-9*: CCL 36, 174-175.

(que hay un millón de posibilidades, iglesias, congregaciones, movimientos, etc....) todo es en silencio y en pequeñas comunidades. Todo es “ad intra” pero no sólo dentro de las casas, sino dentro de uno mismo. No es un intimismo religioso, sino un volver a las fuentes, un volver a revalorizar el significado de la Pascua para vivirla mejor en la mesa de la Palabra y de la Eucaristía como una comunidad eclesial renovada.

En esta cuarentena he vivido fuertemente el paso de la muerte a la resurrección. Descubrí que existe un Coronavirus espiritual mucho más contagioso y mortal que el físico. Muchos se enferman, se contagian y otros mueren, ya que no se conoce a este virus ni se lo capta cuando está contagiando. Los celos, la envidia, la mentira, la vanidad, la soberbia, el odio, la tristeza....son vicios del alma que actúan muchas veces juntos para matar el corazón amante de Dios y de las cosas buenas. Muchas veces no nos damos cuenta de que estamos conviviendo con todos estos vicios del alma, y cuando nos damos cuenta, ya estamos bastante infectados. Son vicios silenciosos que van matando al alma de a poco: primero la enferman, luego la dejan en cuarentena (aislada del bien y del amor) y finalmente la debilitan hasta ocasionarles la muerte. Pienso que no es casualidad que tengamos que estar en cuarentena para reflexionar sobre nuestro modo de actuar y de pensar, y para que en la Pascua podamos decir: con Cristo hemos vencido al coronavirus espiritual.

También me preguntaba cuántas personas hoy viven lamentablemente la muerte repentina de un familiar o amigo por el coronavirus físico. Es una tremenda soledad. Me preguntaba en estos días, si entre los que mueren y sus familiares y amigos hubo una buena relación; si pudieron decirse que se amaban; si pudieron perdonarse; si pudieron arreglar rencores del pasado... Me puse triste, porque más de uno habrá muerto en esas condiciones, porque la muerte sorprendió a cualquiera. Y yo sigo viva ¿estoy viva de verdad o sigo sepultando a mis hermanos? ¿A cuántas personas las he sepultado para no saber más nada de ellas? ¿A cuántos dejé en el olvido y los tapé con la tierra de mi indiferencia? ¿A cuántos les puse “delete” en mi corazón? ¿Acaso mi corazón se ha convertido en un sepulcro de personas a quienes no quiero ver? ¿O quizás me acostumbré a enterrar mis flaquezas y a adornarlas con las flores artificiales de mis apariencias? Todas estas preguntas me hacía mientras veía la cantidad enorme de cajones con un papelito pegado encima que decía el nombre del difunto con el cual era identificado para luego ser cremado. La cantidad de ancianos que mueren en silencio, sin quejarse, sin decir nada, sin sus familiares más cercanos. La tristeza inconsolable de los familiares por no poder estar ahí. Nada se puede hacer. Sólo aceptar y rezar.

“Mirarán al que traspasaron” (Jn 19,37). Esta situación me ha llevado a mirar la Cruz de una manera diferente y ver ahí a tantos hermanos que padecen de distintos modos. Por eso he mirado la cruz como quien la envuelve con los ojos del alma. Jesús vuelve a padecer: es el Cuerpo místico el que padece, es Jesús en el hermano quien hoy está en la cruz. Y la lectura de la Pasión de Jesús vuelve mostrar claramente una sorprendente y real actualidad. Hay juicios, condenas, maltratos, gritos, ofensas, fraude...Al mirar la cruz pensaba: ¿recuerdo a algún hermano que he crucificado? ¿Habrá alguno a quien le he clavado los pies con envidias y celos para que no pueda hacer un camino de amistad con el Señor o con sus hermanos? ¿O le habré clavado las manos con mis egoísmos para que no pueda hacer obras buenas por los demás? ¿O quizás lo escupí con difamaciones o bromas pesadas para vengar heridas del

pasado que no le perdono? ¿Le habré colocado una corona de espinas haciéndole recordar sus errores y malos momentos? ¿Le habré dado el vinagre de malos deseos para desmotivar sus anhelos de calmar su sed de ser buena persona? ¿Le habré gritado sus defectos para hacerlo pasar vergüenza frente a multitudes que usan a diario las redes sociales? ¿O le habré traspasado con la lanza de un juicio condenatorio los mejores dones que Dios le ha regalado provocando la pérdida de lo más hermoso que tiene en su vida? Quizás no se hayan hecho estas preguntas, pero pienso que en estos tiempos, no estamos lejos de ser un fariseo que condena, un soldado romano que desnuda y avergüenza, un Pilatos que se deja seducir por el poder y el control sobre los demás, un sumo sacerdote que ordena matar, un pueblo masificado por intereses personales, un discípulo escondido y miedoso que desaparece en el momento de la prueba. Pero también, en este tiempo tan difícil, podemos ser un José de Arimatea que abraza al que fue muerto por palabras ofensivas y sostiene con amor el corazón de sus hermanos; un Nicodemo que envuelve con el amor de sus palabras y actitudes a aquel que fue herido por injusticias; podemos ser también como María y las mujeres que acompañan al que sufre y al que muere a diario por las fragilidades de los demás; o podemos ser como Juan que no abandona al amigo que ha cambiado su vida para siempre.

En esta cuarentena, Jesús viene a lavarnos los pies de nuestro corazón. Nuestro corazón suele caminar o correr por distintos lados y a veces se mete en lugares complicados; se engancha en situaciones que no le convienen; se cansa buscando saciar necesidades que no tiene; y a veces se embarra en lugares pantanosos que no buscó pero quedó enganchado sin quererlo. Por eso, como nuestro corazón ha caminado por muchos lugares que lo han cansado o debilitado, sus pies deben ser lavados y purificados para entrar en el misterio de la Pascua. Y ese misterio es el Amor de Dios. Es decir, Jesús nos lava los pies para que nuestro corazón pueda caminar en el amor de Dios. Y el amor de Dios es tierra santa. Deben estar limpios nuestros pies de egoísmos personales que nos llevaron a caminar por quebradas oscuras y nos apartaron del rebaño donde Jesús estaba. Deben lavarse nuestros pies para tocar delicadamente nuestros sentimientos y nuestras heridas y para tocar así también los sentimientos y heridas de los demás. Jesús nos lava los pies para que no entremos corriendo o saltando en el corazón de los otros, como quien atropella la intimidad del hermano. Para no contagiar nuestras debilidades a los otros. Para caminar sin hacer ruido, como quien respeta los silencios y momentos difíciles del otro. Para todo esto, Jesús nos lava los pies hoy, y no sólo el Jueves Santo. Para que los pies de nuestro corazón, purificados por el agua de su Palabra, estén preparados para dar pasos seguros, con un caminar sereno, libre y alegre hacia y en el Amor de Dios.

Hemos sido llamados para la vida no para la muerte. Dejemos de ejercer el oficio de sepultureros espirituales y hagamos de nuestro corazón una morada donde entra la luz del amor de Jesús. Estamos a tiempo: saquemos de nuestro sepulcro interior los malos momentos y dejémoslos a los pies de la cruz. Saquemos del sepulcro de nuestro corazón a aquellas personas que hemos eliminado de nuestras vidas y pongamos sus nombres en el Sagrario. Este es el camino: pasar del sepulcro al Sagrario porque sólo el Señor puede darnos la gracia de volver a reconciliarnos con hechos del pasado. Y si hemos perdido el amor por una persona, pidamos la gracia a Jesús en esta Pascua para que Él nos haga dar el paso=pascua de perdonar y ser perdonados, de amar y de ser amados. Con la lámpara encendida de nuestro corazón, esperemos en silencio y en oración este momento esplendente.

Cuando alguien es testigo de un amor tan grande, no tiene dudas de que ese amor perdura para siempre. Cuando alguien ha sido traspasado por un amor incomparablemente pleno, no puede dejarlo en el olvido, porque el corazón comienza a latir al ritmo de ese amor. ¿Quién no querría ser María Magdalena para ser el primero en encontrarse con Jesús resucitado? ¿Quién iba a pensar que una mujer tan insignificante para la gran Jerusalén iba a ser la que anuncie el misterio más grande de la humanidad? “La fuerza del amor no mide las posibilidades, ignora las fronteras. El amor no se resigna ante la imposibilidad, no se limita ante ninguna posibilidad³”.

Como María Magdalena hoy seguimos en búsqueda de la luz de Jesús. Y ¿qué característica tiene esta luz? Que se comparte. Jesús tiene su luz propia y no la guarda para sí, sino que la comparte con todos aquellos que la quieren recibir. No es fácil para el ser humano mantener su luz encendida: el pecado y los espíritus del mal intentan por todos los medios apagar esa luz que Jesús nos ha compartido. Hay gente que se dedica a apagar la luz de los demás, a apagar los buenos deseos, a menospreciar los pequeños pasos dados, a sentenciar con juicios violentos el progreso logrado con sacrificios y renunciaciones, a mirar con indiferencia los gestos sencillos de amor, a tirar por la borda con chismes tanto esfuerzo realizado por amor a los demás. No dejemos que nos apaguen, pero tampoco seamos nosotros los que apaguemos el amor y los buenos deseos de los demás.

María Magdalena fue una de esas personas que no se dejó apagar: es más, se ha dejado encender con una Luz inagotable, sabiendo que la suya propia podría apagarse en cualquier momento. Esta es la clave: “dejarse encender por Jesús”. Miremos los pasos que María da, o mejor dicho, que Jesús le hace dar, según el evangelio de hoy.

a)-Primer momento: “Deseo de ver la luz”. Se dirigió sola al sepulcro muy de madrugada, cuando todavía estaba oscuro. Sola y en silencio, sin ser notada, inadvertida. El ruido, el bullicio, la charlatanería, el ritmo de vida acelerado, no son buenas compañías. María va caminando con un paso sereno, como quien contempla su vida. Un momento personal y de recogimiento: sin celular en mano, sin agendas colmadas de ocupaciones, sin eventos sociales. Nada es más importante que este encuentro con Jesús. Solo intuye que debe salir de su casa hacia el sepulcro. Va con la idea de renovar las vendas del cuerpo de Jesús, pero su corazón siente algo más. Los encuentros profundos con el amor muchas veces no se pueden expresar con palabras: quedan guardados en el alma como un tesoro escondido. Las cosas más profundas quedan escritas en el cielo. María está inundada de recuerdos, de gestos y de palabras de Jesús. Es lo que la mantiene viva. La lámpara de su corazón no está apagada, pero su llamita es muy pequeña. Imposible anunciar la noticia más importante de la resurrección con esa llamita. Pero ahí está: frágil, insignificante para la gran Jerusalén, pero brillando aún por su Maestro.

b)-Segundo momento: “Encuentro con la Luz”. Ve que la piedra del sepulcro ha sido sacada y va en búsqueda de Juan y Pedro. Sus ojos ven los signos, su cabeza no los comprende, pero su corazón intuye la gran noticia. La llama aún es pequeña para anunciar y dar un salto tan grande. María va haciendo un proceso que comenzó antes de conocer a Jesús. La luz en nuestras vidas no aparece de repente. Así como el sol va anunciando de a poco la claridad

³ SAN PEDRO CRISÓLOGO, *De los sermones, El amor anhela ver a Dios*, N° 147: PL 52, 594-595.

del día, así nuestro corazón va recibiendo también la luz del amor. Imagínense si de repente aparece el sol, o si de repente se hace la noche. Es como si el día o la noche se cortaran con un hachazo. No estamos preparados para los cambios bruscos. Hay cosas que nos suceden en la vida y que las comprenderemos después de muchos años. Nuestro error es apresurar los procesos: es como querer hacer nacer un niño cuando le falta cinco meses de gestación. Hay procesos más cortos y otros más largos, pero ninguno es igual a otro. El proceso de Ma. Magdalena fue muy distinto al de Pedro o al de Juan. Cada uno tiene su proceso, su historia y su momento para encontrarse con la luz del verdadero Amor. El verdadero amor no acelera, sino que sabe esperar el momento óptimo para ver la luz. Que en esta Pascua, tan especial para todos, la Palabra de Dios nos ayude a mantener encendida la lámpara de nuestro corazón, para que en ella no habiten "otras luces" que se apagan ante cualquier adversidad, y sea un signo de esperanza en medio de nuestros hermanos.

Los padres del desierto decían que dentro nuestro habitan tres voces: la de Dios, la del enemigo y la nuestra. En nuestra vida, nuestros pensamientos y/o sentimientos se manifiestan según a cuál de estas voces escuchamos. No es fácil discernir cuál es la voz que nos está guiando en este momento. Por eso hay que orar para darnos cuenta quién nos guía. La inteligencia "iluminada" por la Palabra de Dios, puede ayudar a decidir con objetividad acerca de los pasos que hay que dar. No dejar que las emociones desequilibren nuestro modo de actuar. El ser humano tiene la capacidad de usar su creatividad para modificar sus actividades en tiempo de crisis, sabiendo que la situación actual es momentánea. No sobrecarguemos con información a nuestra mente, informarse con lo necesario y aprovechar este tiempo para arreglar lo que está roto, ordenar lo desordenado y encontrarse con la verdad de uno mismo. Tener bien claro hacia dónde vamos nos da la posibilidad de escoger libremente el único Bien que embellece nuestra vida. "Nuestro camino es Cristo: en Él estamos y hacia Él vamos. Él es nuestra meta...Si buscas adónde ir, acoge en ti a Cristo. Es mejor andar por el camino, aunque sea rengueando, que caminar rápidamente y fuera del camino. Porque el que va rengo, aunque adelante poco, se va acercando a la meta; pero el que anda fuera del camino, cuanto más corre, tanto más se va alejando de la meta...Si buscas adónde ir, adhiérete a Cristo⁴".

⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, Comentario al Evangelio de Juan 14,2.